

# CANTO III – EL SUEÑO DE LA SELVA

---

Autor: GUILLERMO SARA VÍ

---

Montiel, región de fábula, reinado  
que custodian fantásticos vestiglos,  
está en su soledad como abismado  
desde hace muchos siglos.

Sueña el hosco monarca  
tendido en su dominio misterioso  
que una extensión incalculable abarca.  
Riza la crin del monstruo silencioso  
el vuelo de las aves carniceras  
y allá, de tanto en tanto,  
le regala el bramido de las fieras  
su melopea de infernal espanto.

Bajo la espesa ramazón circula  
como sangre del mundo, el arroyuelo  
que a largos trechos su cristal azula  
en una fiel duplicidad de cielo.

Los claros del follaje  
dan la impresión de que la Selva hubiera  
plegado su ropaje,  
para que hasta la entraña traicionera

la claridad del firmamento baje.

El viento apenas en su flauta exhala  
un monocorde acento suspirante  
y no se atreve a desplegar el ala  
con miedo de que el monstruo se despierte  
y quiera en un instante  
mostrar su garra inexorable y fuerte.

El pájaro escondido  
con un desborde musical irrumpe  
desde la rama en que formó su nido,  
pero a poco su música interrumpe...

Mas la tacuara diminuta y grave  
su voz inmune en la quietud levanta,  
porque el siniestro rey enternecido  
no sabe todavía si es un ave  
o si es apenas una flor que canta...

Ella en cantarle y en volar se empeña  
(es un ritmo y un ala su destino)  
y al Monte como un título le enseña  
con la inmensa virtud de ser pequeña,  
la alta y sagrada profesión del trino.

Sendero que devora la maraña

desconcierta su rumbo y extravía,  
pues llega escaso a la abismal entraña  
el poderoso resplandor del día.

Entonces, sólo el gaucho levantado  
contra la Ley, en su jornada errante,  
penetró al laberinto inexplorado  
y midió su grandeza obsesionante.

Las densas, apretadas ramazones  
al nómada infeliz brindaron techo,  
y cuando el hombre se miró en el pecho  
rasguñado por todos los pesares,  
se Hermanó con los perros cimarrones  
y buscó la amistad de los jaguares.

No hallando en su orfandad otro camino  
que el de la Selva cómplice y amiga,  
en un duro intervalo de fatiga  
anudó con la Selva su destino.

A igual que el pobre lobo de Francisco,  
bajo la rencorosa saña humana  
hasta rozar la bestia se hizo arisco,  
y como en el regazo de una hermana  
volcó su corazón en la espesura  
que mejor que las almas se renueva,

y retoñó en la sombra su bravura  
para una gesta nueva!

Habló con el temido, cara a cara,  
y en su ostracismo bochornoso y largo,  
le presentó como divina seña  
un trino... pero un trino muy amargo...  
Y como la tacuara,  
mostróle su alma, -un poco más pequeña,-  
grande a su modo pero nó tan clara.

Duerme Montiel su sueño milenario.  
Los Ríos, con sus hálitos más frescos,  
halagan al Cacique solitario  
como dos abanicos gigantescos  
que fueran dos barreras naturales  
de la heredad, y a ras de cuyas olas  
los discos de las lunas estivales  
brotan como tremendas amapolas.

Y en las visiones que el ocaso fragua  
sobre el caudal movible y agitado,  
su tumba con el sol dentro del agua  
la cabeza de un indio degollado.

Montiel entonces la melena agita  
pues la ficción por verdadera toma,

y su pecho palpita

y la garra se asoma...

Y cuando su inquietud sale al encuentro

del recuerdo obsesor que lo despierta,

oye bramar adentro, muy adentro,

los manes vivos de la tribu muerta!